

Al día siguiente de su llegada, los dos rivales, todavía amigos íntimos, se prepararon para hacer su entrada, por la noche, en el *Chalet*. Habían empleado todo el domingo y la mañana del lunes en desembarcarlo todo, en posesionarse del pabellón de la señora Amaury y en las disposiciones que exige un mes de permanencia. Por otra parte, autorizado por su estado de aprendiz de ministro á permitirse muchas truhanadas, el poeta lo calculaba todo; quiso, pues, aprovecharse del ruido que metería en el Havre su llegada, y del que resonarían necesariamente algunos ecos en el *Chalet*. Pretextando cansancio, Canalis no salió. La Briere fué dos veces á pasearse por delante del *Chalet*, pues amaba con una especie de desesperación, temía profundamente haber desagradado, y su porvenir le parecía cubierto de densas nubes. Los dos amigos se pusieron á comer, el lunes, vestidos ya para la primera visita, la más importante de todas. La Briere se vistió como estaba el famoso domingo en la iglesia; pero se consideraba el satélite de un astro, y se abandonaba á los azares de su situación. Canalis no había descuidado el vestido negro, ni sus órdenes, ni aquella elegancia de salón, perfeccionada desde que se relacionaba con la duquesa de Chaulieu, su protectora, y con la más distinguida sociedad del arrabal Saint-Germain. Canalis había observado todas las nimiedades del *dandyismo*, mientras que el pobre La Briere iba á mostrarse con la negligencia del hombre sin esperanza. Al servir á sus dos amos la comida, Germán no pudo menos de sonreír viendo este contraste. Al segundo plato, entró con un aire bastante diplomático, ó, mejor dicho, inquieto, y dijo á Canalis á media voz:

—Señor barón, ¿sabe usted que el gran escudero viene á Graville á curarse de la misma enfermedad que padecen usted y el señor de La Briere?

—¿El duquecito de Herouville?—exclamó Canalis.

—Sí, señor.

—¿Viene acaso por la señorita de La Bastie?—preguntó La Briere enrojeciendo.

—Por la señorita Miñón—respondió Germán.

—¡Estamos burlados!—exclamó Canalis mirando á La Briere.

—¡Ah!—replicó vivamente Ernesto,—esta es la primera vez que dices *estamos* desde nuestra partida. ¡Hasta ahora siempre decías *yo!*

—Tú me conoces—respondió Melchor soltando una carcajada.—Pero no estamos en el caso de luchar con una testa coronada, contra el título de duque y par, ni contra la huerta que el consejo de Estado acaba de conceder, bajo mi dictamen, á la casa de Herouville.

—Su Señoría—dijo La Briere con una malicia llena de seriedad—te ofrece una pequeña indemnización en la persona de su hermana.

En este momento anunciaron al señor conde de La Bastie. Los dos jóvenes se levantaron al oírlo, y La Briere se adelantó hacia él para presentarle á Canalis.

—Le debía la visita que me hizo usted en París—dijo Carlos Miñón al refrendario,—y sabía, al venir aquí, que tendría el doble placer de ver á uno de nuestros más grandes poetas actuales.

—¿Grande?... Señor—respondió el poeta sonriendo,—no puede haber nada grande en un siglo al que Napoleón sirve de prefacio. ¡Al principio somos una tribu de titulados grandes poetas!... Después, los talentos secundarios representan tan bien el genio, que han hecho toda gran ilustración imposible.

—¿Es esa la razón que le lleva á usted á la política?—preguntó el conde de La Bastie.

—Lo mismo sucede en esa esfera—dijo el poeta.—Ya no habrá nunca grandes hombres de Estado, y sí únicamente hombres que se identifican más ó menos con los acontecimientos. Mire usted, señor; bajo el régimen que nos ha dado el Código constitucional, que confunde la cuota de contribuciones con una so-



brevesta, no hay nada más sólido que lo que usted ha ido á buscar á la China, ¡la fortuna!

Satisfecho de sí mismo y contento de la impresión que causaba á su futuro suegro, Melchor se volvió hacia Germán, y le dijo invitando al conde de La Bastie á dejar el comedor:

—Servirá usted el café en el salón.

—Le doy á usted las gracias, señor conde—dijo entonces La Briere,—por haberme salvado del embarazo en que estaba para introducir á mi amigo en su casa de usted. Además de mucha alma, tiene usted gran talento...

—¡Bah! el talento de todos los provenzales—dijo Carlos Miñón.

—¡Ah! ¿es usted de Provenza?...—exclamó Canalis.

—Dispense usted á mi amigo—dijo La Briere,—no ha estudiado, como yo, la historia de los La Bastie.

Á aquella observación de *amigo*, Canalis dirigió á Ernesto una profunda mirada.

—Si su salud se lo permite—dijo el provenzal al gran poeta,—reclamo el honor de recibirle esta noche bajo mi techo: será un día digno de señalarse, como decían los antiguos, *albo notada lapillo*. Aunque nos veamos apurados al recibir á una tan grande persona en una casa tan pequeña, satisfará usted la impaciencia de mi hija, cuya admiración por usted llega hasta el punto de poner música á sus versos.

—Tiene usted más que la gloria—dijo Canalis;—pese usted la belleza, á juzgar por lo que dice Ernesto.

—¡Ah! una buena muchacha á la que encontrará usted hecha una provinciana.

—Una provinciana pretendida, según dicen, por el duque de Herouville—exclamó Canalis con tono seco.

—¡Oh!—repuso el señor Miñón con la pérfida sencillez del meridional,—dejo á mi hija libre. Los duques, los príncipes, los simples particulares, todo me es indiferente, hasta un hombre de genio. No quiero comprometerme á nada, y el joven escogido por mi

Modesta será mi yerno, ó, mejor dicho, mi hijo—dijo mirando á La Briere.—¿Qué quiere usted? La señora de La Bastie es alemana, no admite nuestra etiqueta, y me dejo conducir por mis dos mujeres. Siempre he preferido más estar dentro del coche que en el pescante. Podemos hablar de estas cosas riendo, pues aun no hemos visto al duque de Herouville, y creo tanto en los casamientos hechos por procuración como en los novios impuestos por los padres.

—Es esa una declaración tan desesperante como animosa para dos jóvenes que quieren encontrar la piedra filosofal de la dicha en el matrimonio—dijo Canalis.

—¿No cree usted útil, necesario y político estipular la perfecta libertad de los padres, de la hija y de los pretendientes?—preguntó Carlos Miñón.

Canalis, á una mirada de La Briere, guardó silencio, la conversación tornóse insignificante, y, después de algunas vueltas por el jardín, el padre se retiró, contando con la visita de los dos amigos.

—Es nuestra despedida—exclamó Canalis,—y lo has comprendido como yo. Por otra parte, si estuviese yo en su lugar, no dudaría entre el gran escudero y nosotros dos, por encantadores que podamos ser.

—No pienso yo así—respondió La Briere.—Creo que ese bravo soldado ha venido para satisfacer su impaciencia por verte, y para declararnos su neutralidad, al mismo tiempo que nos abría las puertas de su casa. Modesta, enamorada de tu gloria y engañada por mi persona, se encuentra sencillamente entre la poesía y lo positivo. Yo tengo la desgracia de ser lo positivo.

—Germán—dijo Canalis á su ayuda de cámara que fué á quitar el servicio del café,—haz que enganchen. Dentro de media hora saldremos, y queremos pasearnos antes de ir al *Chalet*.

Los dos jóvenes estaban igualmente impacientes por ver á Modesta, y Canalis iba á ella con una confianza llena de fatuidad. El arranque de Ernesto hacia



el padre y la adulación por medio de la cual acababa de acariciar el orgullo nobiliario del negociante haciendo ver la torpeza de Canalis, determinaron á éste á tomar un papel. Melchor resolvió, al mismo tiempo que desplegaba sus seducciones, hacerse el indiferente, parecer desdeñar á Modesta, y picar de este modo el amor propio de la joven. Discípulo de la duquesa de Chaulieu, se mostraba en esto digno de la reputación que tenía de hombre conocedor de las mujeres que no conocía, como sucede á los que son víctimas de una pasión exclusiva. Mientras el pobre Ernesto, confinado en un rincón de la calesa, guardaba un melancólico silencio, abismado en los terrores del verdadero amor y presintiendo la cólera, el desprecio, el desdén y todas las pullas de una joven herida y ofendida, Canalis se preparaba no menos silenciosamente como un actor pronto á representar un papel importante en una pieza nueva. Ciertamente que ni el uno ni el otro parecían dos hombres dichosos. Por otra parte, para Canalis se trataba de intereses graves. Para él, la sola veleidad del matrimonio significaba la ruptura de la seria amistad que le ligaba, bien pronto haría diez años, con la duquesa de Chaulieu. Aunque hubiese dado visos de verdad á su viaje con el pretexto vulgar de sus fatigas, en las que las mujeres no creen nunca, ni aun cuando es verdad, su conciencia le atormentaba un poco; pero la palabra conciencia pareció tan jesuítica á La Briere, que se encogió de hombros, cuando el poeta le confió sus escrúpulos.

—Tu conciencia, amigo mío, me parece sencillamente el temor de perder placeres de vanidad, ventajas positivas y una costumbre, al perder el afecto de la señora de Chaulieu; pues, si tienes buen éxito, renunciarás sin pesar á los insípidos retoños de una pasión demasiado explotada hace ya ocho años. Di que tiembles ante la idea de desagradar á tu protectora, si sabe el motivo de tu permanencia aquí, y te

creeré. Renunciar á la duquesa y no tener éxito en el *Chalet* es jugar demasiado. Tomas el efecto de esta alternativa por remordimiento.

—Tú no sabes nada respecto á sentimientos—dijo Canalis impacientado como hombre á quien dicen la verdad cuando pide un cumplido.

—Eso mismo es lo que un bigamo debería responder á doce jurados—replicó La Briere riendo.

Este epigrama hizo aún una impresión desagradable en Canalis, que encontró á La Briere demasiado listo y libre para ser secretario.

La llegada de una calesa espléndida, guiada por un cochero con la librea de Canalis, causó tanta mayor sensación en el *Chalet* cuanto que esperaban en él á los dos pretendientes todos los personajes de esta historia, menos el duque y Butscha.

—¿Cuál es el poeta?—preguntó la señora Latourneille á Dumay en el antepecho de la ventana donde acababa de colocarse al oír el ruido del coche.

—Ese que va como si fuese un rey—respondió el cajero.

—¡Ah!—dijo la notaria examinando á Melchor que se contoneaba como hombre que es mirado.

Aunque demasiado severa, la apreciación de Dumay, hombre sencillo como no hay otro, es algo justa. Por culpa de la gran dama, que le adulaba excesivamente (como todas las mujeres de más edad que sus adoradores les adularán y mimarán siempre), Canalis era entonces, naturalmente, una especie de Narciso. Una mujer de cierta edad, que quiere atraerse para siempre á un hombre, empieza por divinizar los efectos á fin de hacer imposible toda rivalidad; pues una rival no está de buenas á primeras en el secreto de esta superfina adulación á la cual un hombre se acostumbra bastante fácilmente. Los fatuos, cuando no lo son de nacimiento, son el producto de este trabajo femenino. Canalis, cogido cuando joven por la bella duquesa de Chaulieu, se justificó, pues, á sí mismo sus



afectaciones, diciéndose que agradaban á aquella mujer cuyo gusto hacía ley. Aunque estos matices sean de una excesiva delicadeza, no es imposible indicarlos. Así, pues, Melchor poseía un talento de lectura muy admirado, que demasiados elogios lisonjeros habían llevado á una vía de exageración donde ni el poeta ni el actor se detenían, y que hizo que dijese de él (siempre por Demarsay) que no declamaba, sino que bramaba sus versos, tanto prolongaba los sonidos escuchándose á sí mismo. En el lenguaje que se usa entre bastidores, Canalis *empleaba tiempos* un poco *larguillos*. Se permitía ojeadas interrogativas á su público, posturas de satisfacción, y recursos de juego llamados por los actores *columpios*, expresión pintoresca como todo lo que crea el pueblo artista. Canalis tuvo, por otra parte, imitadores, y fué jefe de escuela en este género. Este énfasis de melopea había alcanzado ligeramente á su conversación, en la que usaba un tono declamatorio, como se ha visto en su entrevista con Dumay. Una vez llegado á ser el carácter como ultra afectado, las maneras se resintieron de ello. Así es que Canalis había acabado por medir sus pasos, inventar actitudes, mirarse á hurtadillas en los espejos, y hacer concordar sus discursos con las posturas que tomaba. Se preocupaba tanto del efecto que producía, que más de una vez un burlón, Blondet, había apostado, y con éxito, á que lo desconcertaba dirigiendo una mirada obstinada sobre el peinado del poeta, sobre sus botas ó sobre los faldones de la levita. Después de diez años, estas gracias, que comenzaron por tener por pasaporte una juventud floreciente, habían llegado á ser tanto más viejecillas cuanto que Melchor parecía gastado. La vida del gran mundo es tan fatigosa para los hombres como para las mujeres, y acaso los veinte años que la duquesa tenía más que Canalis pesaban sobre él más que sobre ella, pues el mundo la veía siempre hermosa, sin arrugas, sin colorete y sin corazón. ¡Ay de mí! ni los

hombres ni las mujeres tienen ningún amigo que les advierta el momento en que el perfume de su modestia se pone rancio, en que la caricia de su mirada es como una tradición de teatro, en que la expresión de su rostro se cambia en melindre, y en que los artificios de su ingenio dejan percibir sus defectos. Sólo el genio sabe renovarse como la serpiente; y tratándose de gracia como en todo, el corazón es lo único que no envejece nunca. Las personas de corazón son sencillas. Pero Canalis, como ustedes saben ya, tiene el corazón seco. Abusaba de la belleza de su mirada dándole, inoportunamente, la fijeza que la meditación da á los ojos. Finalmente, para él, los elogios eran un comercio con el que quería ganar demasiado. Su modo de cumplimentar, encantador para las gentes superficiales, podía parecer insultante á las gentes delicadas, por su trivialidad, por el aplomo de una adulación en la que se adivinaban sus designios. En efecto, Melchor mentía como un cortesano: Había dicho sin pudor al duque de Chaulieu, que hizo poco efecto en la tribuna cuando se vió obligado á subir á ella como ministro de negocios extranjeros:

—¡Su Excelencia ha estado sublime!

¡Cuántos hombres hubiesen sido curados de sus afectaciones por el mal éxito administrado en pequeñas dosis!... Estos defectos, bastante ligeros en los dorados salones del arrabal Saint-Germain, donde cada uno paga con exactitud su cuota de ridículos, y donde esa especie de jactancia, de afectación ó de tensión, si ustedes quieren, tiene por cuadro un lujo excesivo, tocados suntuosos que acaso son la excusa, debían resaltar enormemente en el fondo de la provincia donde los ridículos pertenecen á un género opuesto. Canalis que violentado y amanerado á la vez, no podía metamorfosearse de ningún modo, había tenido tiempo de enfriarse en el molde en que lo había arrojado la duquesa; y, además, era muy parisiense, ó si ustedes quieren, muy francés. El parisiense se admira de que



todo no sea en todas partes como en París, y el francés como en Francia. El buen gusto consiste en conformarse con las maneras de los extranjeros, sin perder, no obstante, su propio carácter, como hacía Alcibíades, el modelo de los *gentleman*. La verdadera gracia es elástica. Se presta á todas las circunstancias, está en armonía con todos los medios sociales, sabe poner un vestido de tela barato, notable únicamente por la hechura, para salir á la calle, en lugar de las plumas y el ramaje ostentoso que ciertas burguesas pasean. Así que Canalis, aconsejado por una mujer que le amaba más por ella que por él mismo, quería hacer ley, ser en todas partes lo que era. Creía, error de que participan algunos de los grandes hombres de París, llevar su público particular con él.

Mientras que el poeta realizaba en el salón una entrada estudiada, La Briere se deslizó como el perro que teme ser golpeado.

—¡Ah! ¡he aquí á mi soldado!—dijo Canalis al ver á Dumay, después de haber dirigido un cumplimiento á la señora Miñón y saludado á las mujeres.—Ya están calmadas sus inquietudes ¿verdad?—repuso tendiéndole la mano con énfasis;—pero, al aspecto de la señorita, se conciben perfectamente. Hablaba de las criaturas terrestres y no de los ángeles.

Todos, por su actitud, pedían la palabra de este enigma.

—¡Ah! tendré siempre como un triunfo—repuso el poeta comprendiendo que deseaban una explicación—el haber conmovido á uno de los hombres de hierro que Napoleón había sabido encontrar para hacer una base sobre la cual trató de fundar un infierno demasiado colosal para ser durable. ¡Para tales cosas, lo único que puede servir de cimiento es el tiempo! Pero ¿es un triunfo del que debo enorgullecerme? No he contribuído para nada á él. Fué el triunfo de la idea sobre el hecho. Sus batallas, mi querido señor Dumay, sus cargas heroicas, señor conde, en fin la gue-

rra fué la forma que le dió el pensamiento de Napoleón. De todas esas cosas ¿qué queda? la hierba que las cubre no sabe nada, las mieses no dirán el lugar; ¡y, sin el historiador, sin nuestra escritura, el porvenir podría ignorar ese tiempo heroico! ¡De este modo, sus quince años de luchas no son ya más que ideas, y esto es lo que salvará al Imperio, pues los poetas harán un poema! ¡Un país que sabe ganar semejantes batallas debe saber cantarlas!

Canalis se detuvo para recoger, por medio de una mirada arrojada sobre todos los rostros, el tributo de admiración que le debían los provincianos.

—No puede usted imaginarse, señor, lo que siento no poder verle—dijo la señora Miñón,—pues quisiera añadir ese gusto al que experimento oyéndole hablar.

Decidida á encontrar á Canalis sublime, Modesta, vestida como lo estaba el día en que empezó esta historia, permanecía embobada, y había dejado caer su bordado, que no tenía ya en sus dedos más que por la hebra del algodón.

—Modesta, aquí tienes al señor de La Briere. Señor Ernesto, he aquí á mi hija—dijo Carlos encontrando la posición del secretario demasiado humilde.

La joven saludó friamente á Ernesto, dirigiéndole una mirada que debía probar á todo el mundo que la veía por primera vez.

—Dispéñeme usted, señor—le dijo ella sin enrojecer;—la viva admiración que siento por el más grande de nuestros poetas es, á los ojos de mis amigos, una excusa suficiente de no haber visto á nadie más que á él.

Aquella voz fresca y acentuada como la de la tan célebre señorita Mars, encantó al pobre refrendario, deslumbrado ya por la belleza de Modesta, y respondió, en su sorpresa, con una frase sublime, si hubiese sido verdadera:

—Pero ¡si es mi amigo!—dijo.

—Entonces, me ha perdonado usted—repuso ella.



—Soy más que amigo—exclamó Canalis cogiendo á Ernesto por un hombro y apoyándose en él como Alejandro sobre Efestión;—nos queremos como dos hermanos...

La señora Latournelle cortó en redondo la palabra al gran poeta, mostrando Ernesto al notarrillo, y diciéndole:

—¿No es el señor el desconocido que vimos en la iglesia?

—Puede que sí...—replicó Carlos Miñón viendo enrojecer á Ernesto.

Modesta permaneció fría, y volvió á coger su bordado.

—La señora puede tener razón, pues he venido dos veces al Havre—respondió La Briere que se sentó al lado de Dumay.

Canalis, maravillado de la hermosura de Modesta, se equivocó en la admiración que ella expresaba, y vanaglorióse de haber obtenido un éxito completo en sus efectos.

—Crearía á un hombre de genio sin corazón, si no tuviese á su lado alguna amistad consagrada—dijo Modesta para continuar la conversación interrumpida por la torpeza de la señora Latournelle.

—Señorita, la abnegación de Ernesto podría hacerme creer que valgo algo—dijo Canalis,—porque este querido Píladés está lleno de talento, pues ha sido la mitad del ministro más grande que hemos tenido desde la paz. Aunque ocupa una magnífica posición, ha consentido en ser mi preceptor político; me enseña los negocios y me nutre de su experiencia, mientras que podía aspirar á los más altos destinos. ¡Oh! vale más que yo...

Á un gesto que hizo Modesta, Melchor dijo con gracia:

—La poesía que yo expreso la tiene él en el corazón; y si hablo así delante de él, es porque tiene la modestia de una religiosa.

—¡Basta, basta!—dijo La Briere que no sabía qué postura tomar;—tienes el aire, querido mío, de una madre que quiere casar á su hija.

—Y ¿cómo, señor, puede usted pensar en llegar á ser un hombre político?—dijo Carlos Miñón dirigiéndose á Canalis.

—Para un poeta, es abdicar—dijo Modesta;—la política es el recurso de los hombres positivos...

—¡Ah! señorita, hoy día la tribuna es el mayor teatro del mundo; ella ha reemplazado la liza de la caballería; será el punto de reunión de todas las inteligencias, como la armada era antaño el de todos los valientes.

Canalis montó en su caballo de batalla, y habló durante diez minutos sobre la vida política:—La poesía era el prefacio del hombre de Estado.—Hoy, el orador llegaba á ser un generalizador sublime, el pastor de las ideas.—Cuando el poeta podía indicar á su país el camino del porvenir ¿sabía, pues, por eso, de ser el mismo?—Citó á Chateaubriand, pretendiendo que sería un día más considerable por el lado político que por el literario.—La tribuna francesa iba á ser el faro de la humanidad.—Hoy las luchas orales habían reemplazado á las del campo de batalla. Tal sesión de la Cámara valía un Austerlitz, y los oradores se mostraban en ella á la altura de los generales, perdían tanta existencia, valor y fuerza como ellos, y se gastaban tanto en ella como éstos en hacer la guerra.—¿No era la palabra una de las más espantosas prodigalidades del fluido vital que el hombre podía permitirse? etc., etc.

Esta improvisación, compuesta de las fuentes comunes modernas, pero revestida de expresiones sonoras, de palabras nuevas, y destinada á probar que el barón de Canalis debía ser un día una de las glorias de la tribuna, produjo una profunda impresión en el notario, en Gobenheim y en las señoras Latournelle y Miñón. Modesta estaba como en un espectáculo y en una



actitud entusiasta, absolutamente lo mismo que Ernesto delante de ella; pues si el refrendario sabía todas aquellas frases por corazón, escuchaba por los ojos de la joven y estaba á punto de volverse loco. Para este enamorado verdadero, Modesta acababa de eclipsar á todas las Modestas que él había creado leyendo sus cartas ó contestando á ellas.

Esta visita, cuya duración fué determinada de antemano por Canalis, que no quería dejar tiempo á sus admiradores para enervarse, acabó con una invitación á comer para el lunes siguiente.

—Ya no estaremos en el *Chalet*—dijo el conde de La Bastie,—el cual vuelve á ser la vivienda de Dumay. Tomo posesión de mi antigua casa por medio de un contrato á retroventa, de seis meses de duración, que hace poco firmé con el señor Vilquín, en casa de mi amigo Latournelle...

—Hago votos—dijo Dumay—para que Vilquín no pueda devolverle la suma que acaba usted de prestarle...

—Allí estará usted—añadió Canalis—en una vivienda en armonía con su fortuna...

—Con la fortuna que me suponen—respondió vivamente Carlos Miñón.

—Sería una desgracia—dijo Canalis volviéndose hacia Modesta y haciendo un saludo encantador—que esta madona no tuviese un cuadro digno de sus divinas perfecciones.

Esto fué todo lo que Canalis dijo á Modesta, pues había afectado no mirarla, y conducirse como hombre á quien toda idea de matrimonio estaba prohibida.

—¡Ah! mi querida señora Miñón, ¡tiene mucho talento!—dijo la notaria en el momento en que los dos parisienses hacían chirriar la arena del jardín bajo sus pies.

—¿Es rico? esa es la cuestión—respondió Gobenheim.

Modesta estaba á la ventana, sin perder ni uno solo de los movimientos del gran poeta, y sin tener una mirada para Ernesto de La Briere. Cuando el señor Miñón entró, cuando Modesta, después de haber recibido el último saludo de los dos amigos en el momento en que la calesa se perdió de vista, hubo vuelto á su sitio, se entabló una de esas profundas discusiones como acostumbra á hacer las gentes de provincia sobre las gentes de París, después de la primera entrevista. Gobenheim repitió su frase: «¿Es rico?» al concierto de elogios que ejecutaron la señora Latournelle, Modesta y su madre.

—¿Rico?—respondió Modesta.—Y ¡qué importa! ¿no ve usted que el señor de Canalis es uno de esos hombres destinados á ocupar las más altas plazas del Estado? Tiene más que la fortuna, posee los medios de hacerla.

—Será ministro ó embajador—dijo el señor Miñón.

—Á pesar de todo, los contribuyentes acaso podrían tener que pagar los gastos de su entierro—arguyó el notario.

—Y ¿por qué?—preguntó Carlos Miñón.

—Me parece un hombre capaz de comerse todas las fortunas cuyos medios le sean tan liberalmente concedidos por la señorita Modesta.

—¿Cómo no ha de ser Modesta liberal con un hombre que la trata de madona?—dijo irónicamente Dumay, que permanecía fiel á la repulsión que le había inspirado Canalis.

Gobenheim ponía tanto más empeño en arreglar la partida de wisth, cuanto que, desde la vuelta del señor Miñón, Latournelle y Dumay habían llegado hasta á jugar á dos reales la ficha.

—Vamos, angelito mío—dijo el padre á su hija en el alféizar de la ventana,—confiesa que tu papá piensa en todo. Dentro de ocho días, si das tus órdenes esta noche para que avisen á tu antigua modista de París y á todos tus proveedores, podrás mostrarte con todo el



esplendor de una heredera, y yo tendré tiempo para instalarnos en nuestra casa. Tienes una jaca muy bonita, y piensa en hacerte un vestido de amazona, pues el caballero mayor merece esta atención...

—Tanto más cuanto que tenemos personas á quienes pasear—profirió Modesta, en las mejillas de la cual aparecieron los colores de la salud.

—El secretario—dijo la señora Miñón,—ha hablado bien poco.

—Es medio estúpido—respondió la señora Latournelle.—El poeta ha estado atento con todo el mundo. Ha sabido dar las gracias á Latournelle por sus cuidados en la colocación del pabellón, diciéndome que parecía haber consultado el gusto de una mujer. Y el otro permaneció sombrío como un español, con los ojos fijos, y teniendo el aire de querer comersé á Modesta. Si me hubiese mirado, me habría dado miedo.

—Tiene un timbre de voz muy bonito—añadió la señora Miñón.

—Habrà venido sin duda á tomar informes de la casa Miñón, por cuenta del poeta—dijo Modesta guiñando el ojo á su padre,—pues él es el mismo que vimos en la iglesia.

La señora Dumay y los señores Latournelle aceptaron esta manera de explicar el viaje de Ernesto.

—¿Sabes, Ernesto—exclamó Canalis cuando estuvieron á veinte pasos del *Chalet*,—que no veo en toda la sociedad de París una sola persona en disposición de casarse que pueda ser comparada á esa adorable joven?

—¡Ah! todo está dicho—replicó La Briere con amargura concentrada,—te ama, ó, si así lo quieres, te amarà. Tu gloria ha hecho la mitad del camino. Dentro de poco estará á tu disposición, y volverás allí solo. Modesta me demuestra el más profundo desprecio, y tiene razón, yo no veo por qué me he de condenar al suplicio de ir á admirar, desear y adorar lo que no puedo poseer jamás.

Después de algunas palabras de pésame en las que se traslucía el placer de haber hecho una nueva edición de la frase de César, Canalis dejó ver el deseo que tenía de romper con la duquesa de Chaulieu. La Briere, no pudiendo soportar este diálogo, alegó la dudosa belleza de la noche para cortar por lo sano tan dura conversación, y corrió como un insensato hacia la playa, donde permaneció hasta las diez y media, presa de una especie de demencia, tan pronto andando con paso precipitado y entregándose á monólogos, ó ya permaneciendo de pie ó sentado, sin ver la inquietud en que ponía á dos aduaneros en observación. Después de haber amado la espiritual instrucción y el candor agresivo de Modesta, acababa de unir la adoración de la belleza, es decir, el amor sin razón, el amor inexplicable, á todos los motivos que le habían conducido, diez días antes, á la iglesia del Havre. Volvióse al *Chalet*, donde los perros de los Pirineos ladraron de tal modo al acercarse, que no pudo tener el placer de contemplar las ventanas de Modesta. En amor, todas estas cosas no hacen presumir al amante, como los trabajos cubiertos por la última capa no hacen presumir al pintor; y no obstante son todo el amor, como las penas ocultas son todo el arte; sale un gran pintor y un verdadero amante y la mujer y el público acaban por adorarlo, frecuentemente muy tarde.

—¡Pues bien!—exclamó,—¡permaneceré, sufriré, la veré y la amaré para mí solo, egoístamente! Modesta será mi sol, mi vida, respiraré con su aliento, gozaré con sus alegrías, enflaqueceré con sus penas, aunque sea la mujer de ese egoísta de Canalis.

—¡Eso se llama amar, señor!—dijo una voz que partió de un matorral situado sobre el borde del camino.—¡Vamos! ¿conque todo el mundo ama á la señorita de La Bastie?

Y Butscha se mostró de repente y miró á La Briere. Éste comprimó su cólera midiendo de pies á cabeza



al enano á la claridad de la luna, y dió algunos pasos sin responderle.

—¡Entre soldados que sirven en la misma compañía se debe ser más compañero!—dijo Butscha.—Si usted no quiere á Canalis, yo no enloquezco por él.

—Es mi amigo—respondió Ernesto.

—¡Ah! ¿es usted el secretarillo?—replicó el enano.

—Sepa usted, señor—replicó La Briere,—que yo no soy secretario de nadie; tengo el honor de ser consejero de uno de los tribunales supremos del reino.

—Tengo el honor de saludar al señor de La Briere—dijo Butscha.—Yo, á mi vez, tengo el honor de ser el primer pasante del señor Latournelle, consejero supremo del Havre, y seguramente que gozo de una posición mejor que la de usted. Sí, he tenido la dicha de ver casi todas las noches á la señorita de La Bastie, desde hace cuatro años, y cuento vivir cerca de ella cual un criado del rey vive en las Tullerías. Aunque me ofreciesen el trono de Rusia, respondería: «¡Amo demasiado al sol!» ¿Esto no es decirle, señor, que me intereso por ella más que por mí mismo, y á todo señor, todo honor? ¿Cree usted que la altiva duquesa de Chaulieu verá con buenos ojos la dicha de la señora de Canalis, cuando su camarera, enamorada del señor Germán é inquieta ya de la permanencia en el Havre de ese encantador ayuda de cámara, se queje, al mismo tiempo que peina á su señora, de...?

—¿Cómo sabe usted todas estas cosas?—dijo La Briere interrumpiendo á Butscha.

—Primeramente—respondió Butscha,—soy pasante de notario; pero ¿no ha visto usted mi joroba? está llena de invenciones, señor. Me he fingido primo de la señorita Filoxena Jacmín, nacida en Honfleur, donde nació mi madre, una Jacmín... hay once ramas de Jacmín en Honfleur. Así, pues, mi prima, seducida por una herencia improbable, me ha contado muchas cosas...

—¿Es vengativa la duquesa?—preguntó La Briere.

—Como una reina, según me ha dicho Filoxena; aun no ha perdonado al señor duque el no ser más que marido—replicó Butscha.—Como ama odia. Estoy al corriente de su carácter, de sus gustos, de su tocado, de su religión y de sus pequeñeces, pues Filoxena me la ha desnudado, alma y corsé. He ido á la Ópera para ver á la señora de Chaulieu, y ¡no siento los diez francos! (no lo digo por el espectáculo). Si mi pretendida prima no me hubiese dicho que tenía cincuenta primaveras, hubiese creído ser muy generoso echándole treinta: ¿esa duquesa no ha conocido ningún invierno!

—¡Oh!—repuso La Briere,—es un camafeo conservado por su guijarro... Canalis se vería muy apurado si la duquesa supiese sus proyectos, y espero, señor, que cesará usted en ese espionaje indigno de un hombre honrado...

—Señor—dijo Butscha orgullosamente,—¡para mí, Modesta es el Estado! Yo no espío, preveo. La duquesa vendrá, si es necesario, ó permanecerá tranquila, si yo lo juzgo conveniente...

—¿Usted?

—¡Yo!

—Y ¿por qué medio?—dijo La Briere.

—¡Ah! ¡ahí está el quid!—arguyó el jorobadito que cogió una brizna de hierba.—¡Mire usted!... Esta grama pretende que el hombre construye sus palacios para que ella pueda albergarse, y hace caer un día, sin compasión ninguna, los mármoles más sólidamente unidos, como el pueblo, introducido en el edificio de la feudalidad, lo ha echado por tierra. El poder del débil que puede deslizarse por todas partes es más grande que el del fuerte que descansa en sus cañones. Nosotros somos tres suizos que hemos jurado que Modesta sería feliz, y que venderíamos nuestra dicha por ella. Adiós, señor. Si ama usted á la señorita de La Bastie, olvide esta conversación y deme un apretón de manos, pues me parece que tiene



usted corazón... Me tardaba ya el ver el *Chalet*, he llegado á él en el momento en que *ella* apagaba la vela, me ha sido usted denunciado por los perros, y le he oído á usted rabiando: por eso me he tomado la libertad de decirle que servimos en el mismo regimiento, jen el de la real abnegación!

—Pues bien—respondió La Briere estrechando la mano del jorobado,—hágame el favor de decirme si la señorita Modesta ha amado á alguno antes de su correspondencia secreta con Canalis.

—¡Ah!—exclamó sordamente Butscha.—¡La duda sólo es una injuria...! Y aun ahora, ¿quién sabe si ama? ¿Lo sabe ella misma? Se ha apasionado de la inteligencia del genio, del alma de ese comerciante de estrofas, de ese charlatán literario; pero ella le estudiará, nosotros le estudiaremos, haré salir el carácter verdadero de debajo del capote del hombre de finas maneras, y veremos la cabecita de su ambición y de su vanidad—dijo Butscha frotándose las manos.—Ahora bien, á menos que la señorita no esté loca por él...

—¡Ah! ¡se ha quedado admirada ante él como si contemplase una maravilla!—exclamó La Briere dejando escapar el secreto de sus celos.

—Si es un muchacho bueno y leal, si la ama, si es digno de ella—repuso Butscha,—si renuncia á la duquesa, entonces será á ésta á la que procuraré enredar en este asunto... Mire usted, señor mío, siga este camino, y en diez minutos estará usted en su casa.

Butscha volvió sobre sus pasos, y llamó al pobre Ernesto que, en calidad de verdadero enamorado, hubiese permanecido toda la noche hablando de Modesta.

—Señor—le dijo Butscha,—aun no he tenido el honor de ver á nuestro gran poeta, y como tengo deseos de observar en el ejercicio de sus funciones á ese magnífico fenómeno, hágame el favor de venir pasado mañana á pasar la noche al *Chalet*, y de permanecer

allí algún tiempo, pues en una hora no es fácil conocer á un hombre. Yo seré el primero en saber si ama, si puede amar ó si amará á la señorita Modesta.

—Opino que es usted muy joven aún para...

—¿Para ser profesor?—repuso Butscha interrumpiendo á La Briere.—¡Ay, amigo mío! los abortos nacen todos centenarios. Además, ocurre que un enfermo, cuando lleva sufriendo mucho tiempo una enfermedad, llega á ser más entendido que el médico, y comprende su dolencia de un modo que no llegan á lograr siempre concienzudos doctores. Ahora bien; asimismo, un hombre que quiere á una mujer y que tiene que ser despreciado por ella so pretexto de fealdad y gibosidad, acaba por entender tanto en amor, que excede en conocimiento á cualquier seductor, del mismo modo que el enfermo acaba por recobrar la salud. La estupidez es lo único que hay incurable... Desde la edad de seis años (y cuento ya veinticinco) soy huérfano, y tengo la caridad pública por madre y al procurador del rey por padre. No tenga usted cuidado—dijo ante un gesto de Ernesto,—hace seis años que la insolente señora Latournelle me dijo que hacía mal en querer amar, y, sin embargo, amo y estudio las mujeres. Como que es preciso atacar siempre el toro por los cuernos, empecé por las feas, y tomé por objeto primero de mi estudio á mi patrona, que, á decir verdad, es un ángel para mí. Acaso hice mal; pero ¿qué quiere usted! la pasé por mi alambique y acabé por descubrir acurrucado en el fondo de su corazón el siguiente pensamiento: *¡No soy tan fea como se cree!* Y á pesar de la profunda lástima que me inspira, explotando esta idea, hubiera podido llevarla hasta el fondo de un abismo... ¡para arrojarla á él!

—Y ¿ha estudiado usted á Modesta?

—Creía haberle dicho á usted—replicó el jorobado—que mi vida pertenece á esa joven como Francia pertenece al rey. ¿Comprende usted ahora mi espionaje en París? Nadie más que yo sabe toda la nobleza,



altivez, abnegación, gracia imprevista, bondad, religión sincera, alegría, instrucción, astucia y afabilidad que encierra el corazón y el alma de esa adorable criatura.

Butscha sacó el pañuelo para enjugarse dos lágrimas que brotaban de sus ojos, y La Briere, al verlo, no pudo menos de estrecharle la mano.

—Viviré dentro de su aureola, la cual comienza en ella y acaba en mí. Este es el modo como estamos unidos: poco más ó menos como lo está la Naturaleza con Dios; mediante la luz y el verbo. Adiós, caballero; en mi vida he charlado tanto; pero, al verle á usted delante de sus ventanas, he adivinado que la amaba á mi manera.

Sin esperar respuesta, Butscha dejó al pobre amante, para cuyo corazón fué un bálsamo este diálogo. Ernesto resolvió hacerse amigo de Butscha, sin sospechar que la locuacidad del pasante tenía por objeto principal el procurarse medios de tratar á Canalis. ¡Qué flujo y reflujo de pensamientos, de resoluciones y de planes de conducta no acudió á la mente de Ernesto antes de que lograrse quedar dormido!... En cambio, su amigo Canalis dormía con ese sueño de los vencedores, que es el sueño más dulce después del de los justos.

En el almuerzo, los dos amigos convinieron en que, al día siguiente, irían juntos á pasar la velada en el *Chalet*, á fin de iniciarse en los goces del wisth de provincias; pero para matar el día, hicieron ensillar los caballos, y se aventuraron á recorrer el país, que, á decir verdad, les era tan desconocido como la China; pues, por regla general, lo más desconocido en Francia para los franceses es Francia misma.

Reflexionando acerca de su posición de amante desgraciado y despreciado, el refrendario fué presa de una meditación casi semejante á la que le inspiró la primera pregunta que le hacía Modesta al principio de su correspondencia. Aunque la desgracia hiere á

veces á muchos para desarrollar sus virtudes, es lo cierto que no las desarrolla más que en las gentes virtuosas; pues esta clase de limpieza de conciencias no tiene lugar más que en individuos que son limpios por naturaleza. La Briere se propuso devorar en silencio sus dolores, permanecer digno, y no abandonar á ninguna cobardía; mientras que Canalis, fascinado por la enormidad de la dote, se prometía á sí mismo no perdonar medio de cautivar á Modesta. El egoísmo y la abnegación, que eran el distintivo de estos dos caracteres, llegaron por una ley moral, extravagante en sus efectos, á medios contrarios á su naturaleza. El hombre personal y egoísta iba á fingir abnegación, y el hombre que era todo complacencia iba á refugiarse en el monte Aventino del orgullo. Este fenómeno se observa igualmente en política. Por lo general, se muestra el carácter por el reverso, y ocurre frecuentemente que el público no sabe cuál es el anverso.

Después de la comida, los dos amigos supieron por Germán la llegada del gran escudero, que fué presentado aquella noche en el *Chalet* por el señor de Latournelle. La señorita de Herouville tuvo la fatalidad de herir el amor propio de este hombre digno, mandándole á decir por un criado que fuese á su casa, en lugar de enviar á su sobrino á casa del notario, el cual seguramente hubiera hablado durante el resto de sus días de la visita del gran escudero; así es que cuando Su Señoría propuso al diminuto notario llevarle en coche á Ingouville, éste le contestó que tenía que ir á buscar á su señora, y entonces el duque, adivinando por la actitud grave del notario que había que reparar alguna falta, le dijo graciosamente:

—Si usted me lo permite, tendré el honor de ir á buscar á la señora de Latournelle.

Á pesar del gesto de desagrado de la despótica señorita de Herouville, el duque salió con el notarillo. Loca de alegría al ver á su puerta una magnífica ca-



lesa cuyo estribo fué bajado por criados vestidos con la librea real, la notaria no supo ya donde buscar los guantes, la sombrilla, su ridiculez y su aire digno al saber que el gran escudero venía á buscarla. Una vez en el coche, al mismo tiempo que se deshacía en cortesías al duquecito, exclamó llevada de un impulso bondadoso:

—¿Y Butscha?

—No se apure usted, señora, tomaremos á Butscha también—dijo el duque sonriendo.

Cuando la gente del puerto, atraída por el lujo de aquel coche, vió á aquellos tres hombrecitos con aquella mujerona alta y seca, no pudieron menos de reirse.

—¡Soldándolos á los tres acaso se podría obtener un macho para esa gran hembra!—dijo un marino bordelés.

—¿Tiene usted alguna otra cosa que llevar, señora?

—preguntó complacientemente el duque en el momento en que el lacayo esperaba la orden.

—No, monseñor—contestó la notaria que se puso roja y miró á su marido como diciéndole: ¿En qué he obrado mal?

—Su Señoría—dijo Butscha,—me hace mucho honor tomándome por cosa, pues, á decir verdad, un pobre pasante como yo no llega á la categoría de persona.

Aunque estas palabras fueron pronunciadas en tono de broma, el duque enrojeció y no respondió nada. Los grandes hacen siempre mal en bromear con sus inferiores. La broma es un juego, y el juego supone la igualdad. He aquí por qué, para evitar los inconvenientes de esta igualdad pasajera, tienen los jugadores el derecho de no darse por conocidos una vez acabada la partida.

La visita del gran escudero tenía por razón visible un asunto colosal, ó sea la evaluación de un inmenso espacio de terreno dejado por el mar, entre la desem-

bocadura de dos ríos, y cuya propiedad acababa de ser adjudicada por el consejo de Estado á la casa de Herouville. Se trataba nada menos que de aplicar puertas volantes á dos puentes, de desecar un kilómetro de cabecera en una extensión de tres ó cuatrocientas fanegas, de abrir canales y de practicar caminos. Cuando el duque de Herouville hubo explicado las disposiciones del terreno, Carlos Miñón hizo observar que era preciso esperar que la naturaleza consolidase aquel suelo que estaba aún movedizo por sus producciones espontáneas.

—Señor duque, el tiempo, que ha enriquecido providencialmente su casa, es el único que puede acabar la obra, y creo que sería conveniente dejar transcurrir cincuenta años antes de llevar á cabo ningún trabajo.

—Señor conde, espero que no será esa su última palabra y que vendrá usted á Herouville para ver las cosas por sí mismo.

Carlos Miñón respondió que todo capitalista tenía que pensar en el asunto con tranquilidad, dando de este modo al duque de Herouville un pretexto para volver al *Chalet*. La vista de Modesta impresionó vivamente al duque, el cual solicitó el favor de recibirla en su casa, pretextando que su hermana y su tía habían oído hablar de ella, y se considerarían muy felices con su amistad. Al oír aquellas palabras, Carlos Miñón propuso presentar en persona á su hija, yendo á invitar á comer á las dos señoritas de Herouville, lo cual fué aceptado por el duque. La vista del cordón azul, el título y sobre todo las miradas extáticas del hidalgo impresionaron á Modesta; pero ésta se mostró intachable en palabras, actitud y nobleza. El duque se retiró con pesar, habiendo quedado invitado para ir todas las noches al *Chalet*, invitación que se fundaba en la reconocida imposibilidad de que un cortesano de Carlos X pudiese pasar una noche sin jugar al wisth. De este modo, al día siguiente por la noche